REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5	SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 19 DE MARZO DE 1923	No. 27

En la orilla

Al releer las páginas que dedica Rodó a los Estados Unidos, en *Ariel*, me asombra hasta el estupor la exactitud de sus juicios. Hace todavía diez años no me parecían justos: aún sin contar con la *Nordomanía*—que no todos supimos evitar, ni sabemos—, mis opiniones se fundaban en el solo conocimiento de Nueva York. No es que Nueva York no sea típica del país: hay aspectos en que es acaso la ciudad más típica, y sirve, además, de modelo a las otras. Pero es fácil, allí, evitar el contacto frecuente con las formas menos agradables de la vida norteamericana.

Cuando se vive en Washington, o en Chicago, o en Minneápolis, o en San Francisco, se vive necesariamente «a la americana» para bien y para mal. Y entonces es imposible no estar de acuerdo con Rodó, a quien dan la razón, también, los escritores rebeldes de la nueva generación norteamericana.

1921.

REVOLETEA en mi memoria la frase de Rodó: «Chicago se alza a reinar». Hace veinte años, mitad hecho, mitad profecía; hoy es verdad. Chicago, con todo su horror y todo su esplendor, es hoy el símbolo y el centro de la vida norteamericana: es quien asume la dirección espiritual del país.

1921.

CARL Sandburg es el poeta de Chicago. Ama el vigor, el ímpetu, la novedad de la urbe monstruosa; detesta su brutalidad, su indiferencia, su incapacidad para la limpieza material y espiritual. De esta doble pasión, de este amor-odio, se nutre su poesía.

1921.

LA poesía de Sandburg parece destinada a dar una solución luminosa (una entre varias posibles) al problema de crear una nueva forma poética en el inglés de los Estados Unidos. El material con que trabaja no es el idioma complejo, artificial, preñado de imágenes y de alusiones, que baja de Spenser y de Shakespeare, y que ahora, en manos de Alice Meynell o de Lascelles Abercrombie, resulta impenetrable para el vulgo. No: su material es la lengua hablada de Chicago, del centro del país, el *Middle West*. Unas veces, la lengua está depurada, simplificada: y entonces su calidad poética es evidente. Otras veces, la lengua queda transcrita con todas sus impurezas del momento: entonces los prudentes se asustan, dudan de que aquello sea poesía. Y el verso es libre: no el antiguo verso de Whitman—cuyo ritmo era las más veces pensado, hijo de la cabeza—, sino otro verso que se ajusta a las causas rítmicas de la lengua hablada, la lengua de Chicago.

1921.

SI Carl Sandburg es el poeta de Chicago «que se alza a reinar», Robert Frost es el poeta de la tierra que se muere, la Nueva Inglaterra en crepúsculo. Hasta su severo ritmo tradicional—tradicional en lo exterior—responde al carácter de la Nueva Inglaterra.

1921.

ENTRE los sajones existe el culto espontáneo del capital. Pero todo hombre de habla española es naturalmente *bolchevique*, como no tenga intereses de capitalista que defender o la educación no haya contrariado desde temprano sus tendencias nativas.

1912.

—¿POR qué no dejar tranquilas a las gentes del Norte?

—Porque vivo entre ellas.

—¿Por qué señalar sólo sus defectos y tal vez hasta atribuirles más de los que tienen?

—Porque durante cien años nos han ensordecido (¡y hasta seducido!) con la propaganda de sus virtudes, y no cabe duda de que se atribuyeron más de las que tienen. Y todavía...

1921.

SI Julio Camba fuese inglés *(contradictio in terminis)*, podría ser el humorista de moda en estos momentos: Bernard Shaw y Gilbert Chesterton envejecen, se repiten... Camba es, en España, uno de los pocos humoristas de periódico que tienen una *Weltanschauung*, que tienen ideas directoras bien definidas. Antes de él, sólo recuerdo a Luis Bonafoux (que no era propiamente español, ni vivió mucho en España): Bonafoux era el pesimista más uniforme y congruente que cabe imaginar.

En Julio Camba hay una concepción del hombre como ente absurdo y una teoría de la civilización, cuyo eje es la superioridad del Mediterráneo. De cuán hondas raíces brota la teoría se ve en aquella maravillosa afirmación, que haría las delicias del *romanista* Chesterton: En España hay hombres que no saben leer pero son más civilizados que muchos alemanes llenos de ciencia. O aquel:

Pero se me dirá: España le parece absurda a Julio Camba. Sí: el español es necesariamente absurdo, porque es humano. Pero tal vez no haya que desesperar de él: todo está en que acierte con el camino real, el camino que Francia supo descubrir a tiempo.

El contraste de la suerte, de la fortuna histórica de los dos pueblos, lo expresa Camba con esta otra observación profunda: El español va a Francia y descubre el placer.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Alrededor del panamericanismo

POR M. M. MORILLO

HASTA ahora creíamos que Perogrullo trataba de entrometerse en muchas cosas, menos en aquellas en que se sobreponen discretas razones de estado que hacen estimables y dignos a los pueblos y gobiernos por su elevación moral e intelectual.

Discurrimos así, porque hace tres o cuatro días que leímos un cable procedente de Santo Domingo que nos llamó poderosamente la atención. La noticia que nos alarmó tanto fué la siguiente:

«Santo Domingo concurrirá a la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile para proponer a todas las naciones del continente, que contribuyan para erigir un enorme faro en aquella isla que será a la vez un suntuoso monumento para perpetuar la memoria de Cristóbal Colón.»

Nosotros creíamos menos pueriles y más ecuánimes y listos a los señores que forman parte del Gobierno Provisional de nuestra intervenida República. Les suponíamos más capacidad y aspiraciones que estuviesen en consonancia con los deseos de los buenos patriotas dominicanos. Pensábamos que, al adquirir la relativa autonomía que disfrutamos actualmente después de seis años de esclavitud, esta dolorosa prueba debió hacer pensar más alto y sentir más hondo a los señores del Provisional. El primer paso de vida independiente dado por la República, al concurrir a un congreso cualquiera, debió ser únicamente para robustecer y afianzar de nuevo el principio de su soberanía y de su personalidad internacional, respecto de lo cual hay muchas dudas en el extranjero.

La idea de erigir un faro panamericano en la isla de Santo Domingo para perpetuar la gloria de Colón, partió de un distinguido caballero norteamericano a quien conocemos y estimamos por sus honrados antecedentes; pero no la encontramos oportuna por las razones expuestas. No es hora de lirismos, sino de graves reflexiones y de reconstrucción nacional. El momento no es nada a propósito para entretenerse en cosas que por su naturaleza pertenecen a un plano inferior. Con estas manifestaciones, se verá que no nos guía ninguna animosidad contra los señores del Provisional y hasta los absolvemos y descargamos al calificarlos de infantiles y líricos nada más. Lo que deseamos a todo trance es evitar el ridículo y que se nos juzgue poco serios en el extranjero.

¿Qué culpa tenemos nosotros de las ingratitudes del Rey Fernando el Católico y de sus súbditos de antaño para con el infortunado Almirante, si se le puede llamar infortunado a quien tuvo la gloria de descubrir un mundo? ¿Quién discute la gloria a Colón, si él, con monumentos o sin ellos, será por siempre inmortal?

Nuestro exagerado culto al insigne genovés parece que constituye nuestro único ideal; nuestra *colombofilia* culmina ya en obsesionante fanatismo. No nos hemos dado por satisfechos con poseer las legítimas, las verdaderas, las únicas y veneradas cenizas del gran Descubridor; con tener el más suntuoso monumento que le haya erigido pueblo alguno, con haberle levantado estatuas, con que la providencia realizara el milagro de que se cumpliera la postrera voluntad del Primer Almirante de «la Mar Océana», de reposar eternamente en la Isla Española contra los deseos y las ingratitudes de la madre patria. No, nada de eso basta y queremos más. Ya que hay tanto empeño, que se levante ese faro enorme, colosal, pero eso sí, más tarde: primero es necesario levantar el faro de la reivindicación nacional que anda muy maltrecho.

De este próximo Congreso panamericanista no saldrá nada práctico, sino lo mismo que de los anteriores: alharacas y flores de cantueso. Sabemos por experiencia que en esos desafinados conciertos de confraternidad continental, en los que lleva siempre la batuta un yanqui, lo que se hace es hablar mucho.

En enero de 1917 se reunió en la Habana, para celebrar sus sesiones allí, el Instituto Americano de Derecho Internacional. Dos de sus miembros más conspícuos, el delegado del Uruguay y el de Costa Rica, pusieron sobre el tapete unos postulados tendientes a evitar nuevas agresiones contra países débiles. En el acto, el Presidente del Instituto, Mr. James Brown Scott, se dió cuenta de que era el caso de Santo Domingo el que se iba a aludir o a plantear y se opuso enérgicamente, alegando que la misión del Instituto era tratar cuestiones técnicas y no deliberar sobre actos realizados por los gobiernos. Declaró, con un cinismo sin ejemplo, que la política del Gobierno de los Estados Unidos no era de la incumbencia del Instituto. Las reuniones del Instituto estuvieron a punto de fracasar a causa de ese desagradable incidente, pues los delegados aludidos no eran hombres que se paraban en pelillos. Si no fracasaron por completo, fué debido al exceso de prudencia de los delegados cubanos y a la pusilanimidad de otros.

Aplaudimos calurosamente la actitud decorosa de México al declinar la invitación que le hiciera el Gobierno de Chile para asistir a la Quinta Conferencia de Santiago. Como el Gobierno de México no está reconocido por Washington, no podía tomar parte en los preliminares de la preparación del programa y por esta circunstancia tenía que hacerse representar por otro estado, delegando su representación en un funcionario extranjero en la mesa de la Pan-American Union y esto era de todo punto incompatible con su dignidad, a pesar de que sigue pagando puntualmente su cuota como todas las demás naciones del continente para contribuir al sostenimiento de dicha institución. Sin duda, parte de esos recursos con que contribuyen candorosamente nuestros pueblos, servirán para ayudar en algo a la burocracia estadounidense cuando no hay suficiente margen en los presupuestos de la Unión para premiar los servicios de agentes electorales o de otra clase. Recuérdese aquella famosa carta del puritano pacifista de Mr. Bryan cuando desempeñó las funciones de Secretario de Estado en la primera administración wilsoniana y dirigida a Mr. Vick, Receptor General de las Aduanas dominicanas. La publicación de esta carta levantó una gran polvareda cuando vió la luz a causa de un embrollo entre Mr. Bryan, el Ministro Americano en Santo Domingo, Mr. Sullivan y Mr. Vick, porque este último se negó a darle participación a Sullivan, aventurero irlandés y nacionalizado americano, en unos negocios. La carta de referencia salió en los principales diarios neoyorquinos. Copiada a la letra dice así:

«Mi querido Mr. Vick: Ahora que está Ud. en Santo Domingo y se ha familiarizado con la situación ¿podría Ud. decirme los puestos de que dispone para premiar con ellos a los demócratas que lo merezcan y que no han podido ser encasillados aquí?

»Ud. tiene demasiada experiencia en política para saber cuán valiosos son los que trabajan en ella mientras se está efectuando una campaña electoral y lo difícil que resulta encontrar luego premios adecuados para todos los que a ellos se hayan hecho acreedores. No sé hasta dónde sea necesario el conocimiento del idioma español para el desempeño de esos cargos. Dígame las condiciones que se requieren, el sueldo que a cada puesto se señale y la fecha en que probablemente se hagan los nombramientos.

»Sullivan llegará muy pronto. Ud. y

él unidos pueden introducir reformas necesarias ahí. Encontrará en él un hombre fuerte, valeroso y de confianza. Cuanto más lo trato, más me convenzo de que encajará bien en su puesto en ésa, y de que hará lo que sea necesario hacer. Muy suyo.— *W. J. Bryan*».

Esta carta no necesita ningún comentario. Basta su publicación.

Las confederaciones y las ligas son, además, cosas tan viejas y tan poco prácticas hoy día como incompatibles con los nuevos ideales de confraternidad universal. América para la humanidad, dijo una vez, en ocasión solemne, el espíritu amplio y generoso de Roque Sáenz Peña, y su conterráneo, el ilustre internacionalista argentino Luis M. Drago, se vió precisado a lanzar su sabia y eficaz doctrina para sacar del atolladero al espantajo de Monroe allá por el año de 1902, cuando las potencias europeas coaligadas atropellaban a Venezuela, acto que no tuvo otro objeto que el deseo de Alemania de poner a prueba la doctrina de marras, como muy bien lo explicaba el notable jurisperito cubano Antonio Sánchez de Bustamante Recuérdese que en la Segunda Conferencia de la Paz celebrada en La Haya en 1907, lo único verdaderamente notable y que mereció aplausos universales, fué, precisamente, la Doctrina de Drago, por su espíritu humanitario.

Los norteamericanos, por lo tanto, no han descubierto ni han fundado nada nuevo ni original al establecer, sobre bases tan deleznables, nuevas sociedades de naciones. Lo que desean es disfrazar su desenfrenado imperialismo e ir cautamente ingiriéndose en la vida interna de las naciones hispano-americanas.

El Panhelenismo tuvo su razón de ser allá por los años cuatrocientos y tantos antes de Cristo, cuando se organizó la confederación de los pequeños estados y ciudades griegas para salvar la civilización contra la barbarie; el Pangermanismo dió origen a la grandeza y desarrollo de Alemania, al refundir en una sola entidad política, un sinnúmero de pueblos de la misma raza y fáciles de juntar en una sola expresión geográfica. Las bases esenciales para las confederaciones o asociaciones de pueblos son: unidad étnica y geográfica. Los pueblos de razas y lenguas distintas jamás llegarán a asociarse de buena fe para nada permanente.

Ya sabemos que Bolívar fué el primero que trató de fundar en América una vasta confederación de naciones, lo que copiaba Mr. Wilson un siglo después. Si el ideal de Bolívar tuvo opositores en aquellos tiempos, nadie ignora que los Estados Unidos fueron los que más empeño se tomaron en hacer fracasar el Congreso de Panamá. La Doctrina más *joven*, la de Brum o de Montevideo, la encontramos demasiado conservadora y egoísta al considerar nosotros como universales todos los principios de derecho. Su aplicación sólo tendrá efecto cuando una potencia extracontinental agravie a una nación americana. Infantil nos parece en estos tiempos, proclamar una doctrina, pensando en posibles agresiones de países extracontinentales, cuando el peligro, precisamente, viene del mismo continente. Un panegirista de la Doctrina Brum o de Montevideo (que de estos dos modos se puede llamar) dijo que complementaba a la de Monroe. (1).

La Unión Centroamericana, que es fácil realizar por sus antecedentes históricos y por motivos geográficos y étnicos, ya sabemos quiénes la impiden y la hicieron fracasar hace apenas un año, cuando estuvo a punto de realizarse, poniendo en práctica el famoso proloquio de Maquiavelo: Divide y vencerás.

México, que es uno de los tres países más importantes de la América latina, no concurrirá a la Conferencia de Santiago; el Perú, tampoco, por su viejo litigio con Chile, aún sin solución, a pesar de los *buenos oficios* de Washington para llevarlo a feliz término; y si Cuba, Colombia, Nicaragua, Haití y Santo Domingo tuvieran el valor y el civismo de alegar razones de decoro para excusarse, más ruidoso aún iba a resultar el fracaso.

Las recién clausuradas Conferencias para el desarme de Centro América celebradas en Washington, tuvieron un final de ópera bufa, al proponer los delegados de Guatemala que se le permitiera a su país armar un ejército de sesenta mil hombres para defenderse de posibles ataques de parte de México; y actualmente, mientras los Estados Unidos con su proverbial artería proponen paz, amistad, concordia y protección mutua entre los pueblos de América, despiertan recelos y siembran la cizaña entre ellos, enviando misiones navales, como la que hace tiempo funciona en el Perú, y como la que partirá en breve para el Brasil, lo que ha provocado muy duros ataques de parte de la prensa argentina.

Pero nada resulta tan monstruoso como el Plan de Liberación de Santo Domingo suscrito en Washington con fecha 30 de junio de 1922 entre el Gobierno de los Estados Unidos y cuatro señores de la República Dominicana que se atribuyeron la representación del país. Vamos a reproducir solamente parte de un párrafo de unas consideraciones glosadas por los señores firmantes del citado plan en la introducción de él.

Dice así:

«Estamos absolutamente convencidos de que la ratificación de las Ordenes y Resoluciones ejecutivas promulgadas por el Gobierno Militar y publicadas en la «Gaceta Oficial», que hayan establecido rentas, ordenado erogaciones o creado intereses de terceros, reglamentos administrativos dictados y publicados y de los contratos celebrados, en virtud de tales órdenes o de alguna ley de la República, es esencialmente necesaria al orden social dominicano; absolutamente indispensable para prevenir males de una situación caótica en nuestra futura vida como Estado independiente, que si el Gobierno de Washington no hubiese pedido la ratificación de esas órdenes y reglamentos, nosotros espontáneamente las hubiéramos adoptado».

Esta es la negación más absurda y más descabellada del derecho nacional, como si la República no hubiese tenido leyes o no tuviese capacidad de hacerlas.

Un distinguido jurisconsulto mexicano, a quien mostramos el Plan para que lo juzgase y nos diese su opinión, cuando terminó de leerlo nos dijo lleno de indignación:

«En su país hace falta implantar una guillotina para llevar a cabo un saneamiento moral».

Hace poco, accidentalmente, nos tropezamos en las calles de México con Mr. Gruening, uno de los directores de la única revista cívica y honrada de los Estados Unidos, «The Nation», que tan valientes campañas ha librado contra el imperialismo norteamericano, principalmente en favor de Santo Domingo, defendiendo desinteresadamente a nuestros pueblos y denunciando los agios vergonzosos de Wall Street. Al hablarnos Mr. Gruening de nuestro país, nos decía con un acento doloroso:

«Santo Domingo debería ocurrir al Tribunal de La Haya para pedir una fuerte indemnización, porque la ocupación militar no tiene justificación posible». Esta es la opinión de un norteamericano honrado y sincero.

Así podríamos seguir enumerando casos hasta terminar como las cuentas de un rosario; pero haríamos interminables estas relaciones.

Conformémonos y sírvanos de regocijo saber que allá en Washington existe un lujoso edificio de mármol regalado por el millonario Carnegie, que es sostenido por la generosidad y magnificencia de los pueblos hispanoamericanos, en cuyos patios y galerías se exhibe una colección incompleta de mal tallados bustos de nuestros próceres y héroes y algunos raros ejemplares de nuestra flora y de nuestra fauna.

México, enero 26 de 1923.

Objeciones a un Ensayo de Autocrítica de Moisés Vincenzi

(Véase el número pasado).

Con el párrafo 26 se abre una larga enumeración de los motivos que a juicio del señor Vincenzi «desvirtúan la libre manifestación de los testimonios externos». No he podido hacer a un lado la impresión de que aquí ha intentado el señor Vincenzi ampliar, concretando, la teoría crítica de Taine.

En algunos de esos pasajes vuelve a hacerse evidente la preocupación ética que es tan hostil a la libertad del arte y de la ciencia. Pero prolongaría sin medida este conjunto de observaciones si me detuviese en la discusión de tales puntos.

En el párrafo 28 reitera el concepto de que lo noumenal y lo fenomenal no son más que «aspectos de la esencia cósmica e inexplicable que constituye las cosas» etc.

Si lo noumenal se hace para el señor Vincenzi fenomenal y la esencia cósmica constituye las cosas, esa causal esencia es el nóumeno.

«Y para comprobar las relaciones que la naturaleza exterior tiene con la naturaleza del yo, es suficiente reconocer que el medio dirige las manifestaciones y conformación de las facultades más elevadas del hombre».

Con este determinismo el señor Vincenzi da muerte al autocritismo y la autoeducación resulta enteramente inútil—o es omnipotente—y entonces el medio no «conforma las facultades más elevadas del hombre».

El párrafo 29—Cómo se prueba que el yo es prolongación de la naturaleza exterior—revela una vez más esa precipitación de juicio, esa falta de sereno equilibrio que es característica de la producción filosófica del señor Vincenzi. Quiero decir, que el señor Vincenzi procede por impulsos filosóficos, como los artistas suelen proceder por impulsos poéticos o de entusiasmo. Como lo diría Nietzche, no es un apolíneo, es un dionisiaco.

El señor Vincenzi propone dos argumentos para probar que el yo es prolongación de la naturaleza exterior. Llama vulgar al primero y metafísico al segundo. Veámoslos:

Primero—Lo que mejor conocemos es la vida orgánica del hombre. Cuando por la muerte cesan las funciones orgánicas, cesan las manifestaciones del yo—y no está comprobada la existencia del espíritu. Por consiguiente no hay solución de continuidad entre la mente y el orden físico de los fenómenos.

El señor Vincenzi aquí expone de manera muy sumaria lo que han expuesto cuantos siguen la escuela psico-fisiológica. Pero éstos jamás han dicho, que yo sepa, que el yo es prolongación de la naturaleza exterior: han afirmado el paralelismo de los dos grupos de fenómenos—fisiológicos y mentales. Es todo cuanto válidamente puede afirmarse. Así, el primer argumento, si algo puede probar es ese paralelismo de fenómenos.

El segundo argumento se expresa así: «Donde existe relación, por más abstracta que sea, hay comunidad de naturaleza, y por consecuencia de funciones, propósitos y orígenes. Y la primera relación que media entre el espíritu y los órganos es la existencia del uno y los otros: luego si las dos existen, tienen un mismo origen, semejantes funciones, propósitos y finalidades».

Estas generalizaciones del señor Vincenzi son sumamente peligrosas. Si no se precave contra ellas, toda creación filosófica suya se derrumbará enseguida. Véase una consecuencia de su generalización.

Aquí está, demos por supuesto, la Standard Oil Company, y allá en México hay un rico pozo de petróleo que la compañía ha comprado y explota. Hay una relación abstracta de derecho entre la compañía y el pozo. De acuerdo con la generalización del señor Vincenzi, las funciones, los propósitos y orígenes de la compañía son las funciones, propósitos y orígenes del pozo de petróleo de que aquélla es propietaria. No, señor Vincenzi, no tenemos derecho a estas generalizaciones. Yo aplaudo el objetivo de Ud., no actuar con los simples hechos, tratar de las relaciones, y mientras más generales, tanto mejor. Pero hay un límite impasable: la realidad, o siquiera la verosimilitud de las analogías que permiten la generalización.

Este segundo argumento, pues, no existe, a fuerza de ser amplio. Mas concediéndole una validez de que carece, ¿qué probaría? No más que el primero, esto es, un simple paralelismo, no una prolongación.

Y la doctrina del paralelismo ni siquiera se aproxima en profundidad y alcance a las viejas teorías del Macro—y Microcosmos.

En el párrafo 31 dice el señor Vincenzi: «La tendencia de la materia ordinaria a fluir hacia el interior de la tierra también se manifiesta en la materia *psíquica*». Escribo *psíquica* porque expresa mejor que la palabra *psicológica* el pensamiento del señor Vincenzi. Y al final de la cláusula afirma que el determinar la influencia de las fuerzas espirituales sobre las ideas comunes a todos los hombres y particulares de cada individuo «es tarea harto compleja que nadie ha emprendido y ni sospechado siquiera».

Debo hacer notar que suele ser impreciso el lenguaje del señor Vincenzi. Habla de mente y de espíritu como si fuesen cosas idénticas. No obstante, no está allí mi objeción a ese pasaje. Cuanto deseo decir al señor Vincenzi es que su declaración revela una deficiencia en su preparación filosófica. Hace ya muchos siglos que la materia psíquica ha sido objeto de los más cuidadosos estudios, y se conoce no sólo su existencia, sino su constitución física y sus diversas variedades, de conformidad con las varias categorías de pensamientos. Se conoce la materia en que actúan las emociones y sus variedades en consonancia con las emociones mismas. Un estudio de la Psicología de Patanjalí y de las filosofías Sankya y Vedantina fertilizarían su hermoso talento filosófico. Pero vaya a las obras mismas, no a los mezquinos y de ordinario parciales resúmenes de enciclopedias.

Si hubiese de analizar los restantes párrafos del 32 al 44 con que termina la obra—habría de insistir unas cuantas veces más en la preocupación ética del señor Vincenzi. Etica que no podemos aceptarle ni en la crítica artística ni en la crítica de la ciencia. Esta preocupación ética es una limitación de la crítica y por eso quienes amamos el arte, la ciencia y la crítica nos rebelamos ásperamente contra esas tendencias retrógradas.

¿Qué es, pues, el libro del señor Vincenzi que me había propuesto discutir en su compañía?

Después de recorrer cuidadosamente ese tratado de *Autocrítica*, cuando me recojo para esbozar una síntesis del conjunto, aparece en primer término la imprecisión del plan. Los tópicos se suceden unos a otros, fuera de toda perspectiva, sin gradación de luz, todos en un mismo plano, como si para el autor tuviesen todos la misma importancia en la composición. De suerte que sólo tras una labor de eliminación, logra uno quedarse con lo que más se aproxima a un esquema del tratado. Lo intento a continuación.

La crítica requiere, para la legitimidad de su cometido, que quien la ejerza sea amo de las capacidades de que ha de servirse en su trabajo. Esto es, debe conocer los instrumentos íntimos de que dispone, debe haberse resuelto su ecuación personal. En otras palabras, no ejerza la crítica quien no haya pasado antes por la disciplina de la autocrítica. Pero esta autocrítica, en el pensamiento del autor, es noción poco precisa. Es a veces un medio de procurar el desarrollo de capacidades o poderes internos—autoeducación—; otras veces es meramente una aplicación a la adquisición de conocimientos—autodidáctica—; en otras ocasiones piensa el autor en el análisis de las capacidades que se poseen, sin preocupación didáctica ni educativa—mero autoanálisis—. A pesar de que por la definición que el autor presenta en su primer párrafo bien sabe uno que su autocrítica es más autoeducación. Y si se toma en cuenta que allí habla de *buenos* y *malos* aspectos, justificado estaría uno si pensase que se trata de una simple educación moral. Por el contexto del ensayo se ve que su concepto efectivo es más amplio que su definición.

La propia autocrítica no le ha conducido a conclusiones originales respecto de su yo. Antes por el contrario, me siento fuertemente inclinado a pensar que si hubiese visto por sí mismo, sin el influjo de los trata-

dos de psicología, habría llegado a declarar la absoluta unidad del yo.

Una visión del acto mental habida en el fondo de nuestra conciencia jamás deja descubrir complejidad, sino unidad. Proyectados al exterior esos actos mentales resultan complejos. Por un proceso de reflexión analizamos y descomponemos los actos psíquicos ya operados, mas el acto mismo del análisis resulta uno e indivisible mientras se está efectuando.

Considera luego el autor los elementos necesarios para la crítica: la obra y el crítico. Como se trata de autocrítica la obra se deja a un lado y se contemplan las fuerzas constitutivas del crítico y las influencias ambientes que sobre él pueden ejercitarse, a cuyo conjunto dedica veintidós párrafos de los cuarenta y cinco de que el tratado consta. Con no poca frecuencia el autor digresa acerca de cuestiones psicológicas cuya relación con su propósito no es obvio. Da remate a su ensayo con una serie de reflexiones que tienen a la vez de psicología y epistemología.

La lectura de aquellas tres conclusiones asentadas por el señor Vincenzi en la página introductora, diéronme a entender que trataría de buscar «las relaciones recíprocas de la ciencia, la filosofía y arte» para exponerlas como base fundamental de una metafísica de la crítica. En ninguna parte del tratado se contempla la crítica de la ciencia ni de la filosofía. Porque las consideraciones psicológicas allí contenidas lo mismo pueden referirse al escultor que al inspector de carnes.

El crítico de profesión puede pasar por alto este ensayo: nada le enseñará. Verá allí repetida la noción de que ha de ser extensa su preparación. Y si algo nuevo pudiera haber en el trabajo es que se le añade: «y haga la crítica de sí mismo con anterioridad a toda crítica de arte, de ciencia o filosofía». A lo cual muy bien pudiera responder el crítico: «Veinticuatro siglos hace me lo enseñaba Sócrates con un sentido hierático más profundo todavía, salido del alma de los templos antiguos».

«No—replicará el señor Vincenzi—no, que Sócrates pedía tal cosa tan sólo del filósofo».

Y ¿qué otra cosa quiere hacer del crítico el señor Vincenzi, si no es un filósofo? ¿Qué pretende si no es reducir todas las actividades mentales del crítico a la mera autodidáctica o autocrítica, de la cual jamás saldrá sino abatido o arrebatado, según el alcance de sus descubrimientos, y nunca bastante sereno para el ejercicio de la crítica? Ejemplo de abatimiento: Amiel. Y de arrebato, los grandes místicos occidentales: Swedemborg, Santa Teresa de Jesús.

Entonces, ¿dónde está la crítica trascendental? No ciertamente en este ensayo de Autocrítica. Cuando leí aquellas tres conclusiones a que antes aludí, creí que el señor Vincenzi daría a su expresión trascendental el sentido de que su crítica intentaba descubrir los principios que en común puedan tener la crítica de la ciencia y de la filosofía y la del arte. Pero ya hemos visto que se contenta con las nociones psicológicas elementales. Lo cual, es decir, que tampoco aparece aquel trascendentalismo de la *Filosofía del Espíritu* de Hegel, ni aquel otro del *Alma Suprema* de Emerson.

Este ensayo de Autocrítica es fruta bajada del árbol, antes de madurez, precipitadamente. Y fuera grande su encanto de juventud—¿acaso no es bella la naranja en flor?—si no la presentase como ya madura. Porque uno se pregunta: ¿Es que no ve cuánto le falta para ser madura?

Las antes bien cultivadas aficiones naturales a la generalización van pareciéndome ahora desorbitadas, girando hacia la vacía especulación de la escolástica. A veces me ha parecido que estas generalizaciones son las que el señor Vincenzi considera buena metafísica en oposición con uno de los líderes de la época actual, Bergson, cuando al final de su *Introducción a la Metafísica*, dice: «La Metafísica no tiene nada en común con una generalización de los hechos, si bien se la podría definir como una *experiencia integral*».

Y aunque personalmente experimento la atracción subyugadora de la oceánica metafísica de la Vedanta, en donde la abstracción sólo conoce abismos, cuando considero los puntos de vista del señor Vincenzi y sus aspiraciones, creo que es deber de camarada señalarle los peligros que amenazan la solidez de su obra.

Es como si yo ejerciera cura de almas. Me mueve un interés humano.

¿Quién recuerda los nombres de los arcontas de Atenas? ¿Quién, la hueste de los cónsules de Roma ni los magistrados que gobernaron las repúblicas italianas? ¿Quién recordará los nombres de quienes gobernaron ayer ni gobernarán mañana, cuando sean cenizas las palmas y yazga el hoy entre las ruinas de civilizaciones que fueron? Pocos nombres, quizás, se salven: nombres de poetas, de historiadores, de filósofos, por quienes podrá juzgarse la elevación espiritual de lo mejor de una época o de una raza o de una pequeña nación.

Contribuyamos, pues, a ennoblecer a nuestros poetas y a fortalecer a nuestros filósofos para que, pendiente de su gloria, pase al porvenir el nombre de la patria que los engendró, o que les prestó el ambiente, o les serenó la vida.

ROBERTO BRENES MESÉN.

Alcances del panamericanismo

[Vibrante editorial tomado de *El Tiempo* de Bogotá]

La actitud que el gobierno de los Estados Unidos ha asumido ante la posibilidad de que tenga alguna representación en la Conferencia Panamericana de Santiago la Liga de las Naciones, se presta a graves reflexiones, por las tendencias que revela, y debe ser estudiada atentamente por las repúblicas latino-americanas que tengan un claro concepto de su situación y de sus conveniencias.

La Liga de las Naciones no ha logrado hasta hoy realizar la magna obra que se propusiera, quizás por un exceso de idealismo, por un concepto de la solidaridad humana y de la justicia entre los pueblos que la ha hecho aparecer exótica en un mundo devorado por el imperio de la violencia y por el apetito de la dominación. Su principal fundador, el ilustre Presidente Wilson, la concibió como un organismo destinado a garantizar la paz y el derecho, y a trabajar por altísimos principios de equidad; lo que él quiso crear fué, en realidad, un baluarte contra el imperialismo, y una asociación de naciones que se ayudaran mutuamente en las horas difíciles y trabajaran conjuntamente por evitar grandes males a la humanidad.

¿Qué razón tienen los países de la América Latina para rehuir un contacto estrecho con esa Liga de Naciones a la cual casi todos pertenecen y que fué presidida hace poco por un sur-americano? ¿Cómo pueden ellos considerar la pretensión de Washington, que, según lo avisan los cables de la Prensa Asociada que ayer publicamos, considera como «un insulto especial a los Estados Unidos», y como un agravio a las demás repúblicas americanas, la aspiración de esa Liga a tener alguna directa o indirecta representación en las Conferencias de Santiago?

Muy lógica y explicable es esa actitud en la formidable potencia que se ha negado a formar parte de esa Liga, asestándole con ello golpe mortal, y que en cambio procura unir cada día más a las repúblicas de este Continente, no entre sí sino más bien en torno a la política y a la hegemonía de la bandera estrellada. Cualquier cosa que tienda a alejar a Europa y a Asia de los asuntos americanos tiene que ser y es grata a los estadistas del Norte, pero es indudable que no están en el mismo caso las naciones que se extienden entre el río Grande y el estrecho de Magallanes.

Nosotros somos partidarios francos de un cordial acercamiento a los Estados Unidos y de mantener con éstos relaciones de leal y estrecha amistad y de honorable cooperación, pero siempre dentro de los límites de la prudencia vigilante que debe presidir las relaciones de los débiles con los pode-

rosos. La unión latino-americana tiene un sentido preciso de defensa colectiva y de unión de pueblos análogos, de problemas semejantes y a los que amenazan los mismos peligros. El pan-americanismo es cosa distinta: tiene aspectos fecundos que deben aprovecharse, pero sería absurdo reconocerle caracteres de exclusivismo que so capa de unión de un continente significarían en el fondo la hegemonía de una nación totalmente distinta de las demás de América. Hace pocos meses en una admirable conferencia dictada en Buenos Aires, José Ingenieros recordó las admoniciones penetrantes de dos cubanos ilustres que han sentido el arpón en sus carnes: «El apóstol cubano José Martí advirtió hace tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea un puente hacia la servidumbre» (1).

Ojalá que en la Conferencia de Santiago los pueblos latinos definieran su posición con valor y con firmeza, y no permitieran que los Estados Unidos levanten entre ellos y el resto del mundo una barrera que no sería trinchera, sino ominoso muro de prisión. La Doctrina Monroe como defensa de estos pueblos contra los poderes conquistadores del Viejo Mundo, fué buena y oportuna; como título de los Estados Unidos para dominar solos este hemisferio, es inaceptable. Y si hemos de decir todo nuestro pensamiento, debemos declarar que la cooperación de la América Latina en la Liga de las Naciones, completada sobre amplias y justas bases; su presencia en ella y sus constantes, estrechas y cordiales relaciones con los pueblos que deben formarla, puede ser enojosa para los Estados Unidos, pero es para nosotros, para todos nosotros, una garantía y un factor de independencia; que es allí en donde puede haber para nosotros una efectiva salvaguardia, como la puede haber también en la unión latino-americana, y que jamás, jamás podremos aceptar el pan-americanismo con carácteres de exclusión o de apartamiento de toda gran potencia distinta de los Estados Unidos, sino a lo más como fórmula de colaboración en el sentido del progreso, nunca como cadena que nos ate a la política internacional de la Casa Blanca.

(1) Vuelva a leerse la admirable conferencia de Ingenieros en el número 18 del tomo en curso del REPERTORIO AMERICANO.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

La chamorrización de Centro América

....

....

Mucho me agrada que se interese usted por la propaganda antiyanqui, la cual sé que la hará con la inteligencia y ardor que acostumbra. Los tratados que han firmado las cinco Repúblicas en Washington equivalen a la chamorrización de Centro América entera. Supongo que esos pactos necesitan ser ratificados por los Congresos de las cinco naciones y que algunos de esos Congresos, ¡siquiera el de Costa Rica! no los aprobará. Si resulta que se ratifican esos convenios, en adelante no habrá sino una gran Nicaragua, desde la frontera de México hasta la de Colombia. No sé por qué los yanquis han de adquirir a Centro América tan barata, cuando, si es de venta que se trata, solo Panamá les costó diez millones. Es desesperante pensar que ya nuestros pueblos ni siquiera se venden, sino que se regalan. Me han dicho que aquí se va a fundar un periódico por miembros de la numerosa colonia centro-americana; no sé si quedará en proyecto. Ya habrá visto usted que el canal por Nicargua y Costa Rica es una burla sangrienta; después que han obtenido los derechos los yanquis dicen que no pueden construirlo porque tiene un precio prohibitivo; por lo demás, es encantador que se burlen de esa manera de la codicia de los venduteros de patrias, que todo lo sacrifican a soñadas lluvias de millones, los cuales nunca llegan.

....

....

Favor de saludarme al señor García Monge.

Reciba usted mi cordial abrazo.

HUMBERTO TEJERA

México, D. F., febrero de 1923.

(Fragmento de una carta política del Dr. don Humberto Tejera a don J. C. Sotillo Picornell).

Canciones sin palabras

VENCEDOR

Nacen flores de loto.
El viento
mueve raras formas de lama en el pantano.

El agua tierna que baja de la montaña
lleva un sándalo al mar.

Las cumbres
elévanse maravillosas de color
y brilla por todas partes
el medio día.

Subo corriendo
y llego a lo más alto,
fatigado y sediento,
y exprimo entre mis manos
la naranja del sol.

Y me encuentro sencillo
y me quedo dormido
para siempre.

EL MUNDO

Hay una farsa idiota
donde mienten los ricos y donde
mienten los pobres.

Y todo es espacio y tiempo
y egoísmo y distancia.

Sufro y siento
mi corazón
como un nudo de alambres.
He de alejar mis pasos
pero antes
quiero
luchar por todos—
por los primeros y los últimos—
en esta farsa idiota
donde mienten los ricos y donde
mienten los pobres
y todo es espacio y tiempo
y egoísmo y distancia.

Mañana
echarán fuego las montañas
Los camellos
llevarán una gran tristeza
por los desiertos.
Y se volverán locos los mares.
Y se volverán locos los hombres.

LA PARTIDA

Yo solo escucho
y nadie más
mis pasos que se alejan.

Llevo limpios los ojos.
Llevo
en las plantas de mis pies,
arena y espinas,
y ceniza en la palma de mi mano.

Mañana al pasar
dejaré mi corazón en las pirámides.

Hoy todavía
contemplo cariñoso
las amapolas del valle de México
y los volcanes.

EL AMOR

En extremo sediento,
he sentido mi vida
en la vida de un sándalo,
de un lináloe o de un cedro,
a la orilla de un río
de agua tierna.

CIRO MÉNDEZ

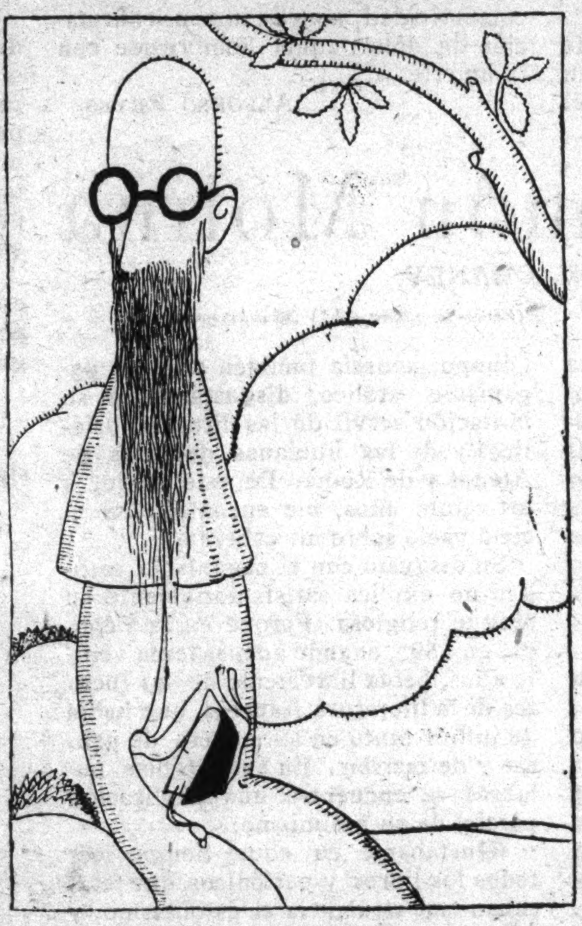
Valle Inclán y América

POR mil partes aparece América en la obra de Valle Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente—si es que puede hablarse de inconciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la SONATA DE ESTÍO, encontramos la pintura de la niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Yuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el hipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura que apenas enturbia cierta frase de la niña Chole sobre «el flete de Carón», que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el Maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando libremente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladadándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo de los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugestiones de los primitivos cronistas y soldados, que usaron de la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand—este verdadero creador de la «selva virgen», donde los árboles gritan como en Dante; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó*, sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciados anhelos. «Es la noche americana de los poetas»—suspira el Marqués, doblado en la borda de la «Dalila»,—y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto.

Por las páginas de *La Lámpara Maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos: «En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España». Y aquella adivinación: «Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán



VALLE INCLÁN

(Por BAGARÍA).

de hacerse místicos. Sus almas cerradas a la cultura hélenica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada». Esta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En *la Pipa de Kif*, *La Tienda del Herbolario* es una aromática bodega de olores americanos, con especial predilección por el rasgo exótico y—si es posible—grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, ese Campeche, esa Tlaxcala entrevistos a través del humo de la marihuana, como liudos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decidamente, Valle Inclán prefiere la América mexicana: la misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los «*Esperpentos*» y creaciones últimas, hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas, de los giros y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. «Y decidí irme a México, porque México se escribe con *X*». De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle Inclán. El hombre que México le devolvió a España, contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las indias con abominación y a la vez—con mal encubierto rencor de amor: «¡Fisga de imaginaciones! —decía— ¡Anzuelo de voluntades!» La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función técnica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno—cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexicanos—declara un día, entre melancólico y soberbio: «Si yo fuera joven, emigraría a América». Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovado semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle Inclán escribe, y sueña con México. De su segundo viaje trae dos experiencias profundas: 1ª persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomendero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo); la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los hábitos de la raza vencida, y el gran comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las Leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era

compatible con la necesidad de repartir premios y riquezas a los conquistadores. 2ª México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos. Conserva el rastro espiritual de los juguetes sagrados que la Nao de China traía desde el Parián de Manila al Puerto de Acapulco, de donde pasaban a México, camino de Veracruz, rumbo a Sevilla. Esta gran circulación oceánica explica sus inadaptaciones y sus extrañas reservas de fuerza y de esperanza. Tal idea—que pudo parecer paradójica a nuestros amigos madrileños—es la clave del enigma mexicano: la *x* de México. Se ha dicho de la bíblica Ester: «Dos naciones hay en tu seno». Pero hay que interpretar el Texto: «Y realizarás tu destino cuando juntes las dos sangres en una». Ciertamente, de los nuevos directores espirituales del indio americano puede asegurarse—como Valle Inclán lo presentía pocos años antes—que tienen el oído atento a las enseñanzas de la India, esta gran mestiza de arios blancos y dravidios oscuros.

Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte.

ALFONSO REYES

3) Juan Ramón Molina

POR J. W. CHANEY

(Véanse los números 23 y 26 del tomo en curso)

Después de viajar por la América del Sur y Europa, dice Molina: «Cuando uno llega a esta población [1], después de haber vivido en otro país por mucho tiempo, se atedia lastimosamente, casi se ahoga en estas calles torcidas... Pero el ambiente, letárgico y asfixiante... A pesar de su ligero baño de modernismo, es una población a la antigua, melancólica y bostezante y sin tráfico ni vida». Habiéndose visto en el caso de salir de su patria por motivos de orden político, parece que alguna vez sintió el deseo de abandonarlo por completo. A pesar de todo, Molina no se lamentaba de ser hondureño; aunque en sus versos no hay una palabra de elogio para la ciudad, sus cuadros describen ricamente las bellezas de la naturaleza. En su imaginación, al menos, abandona la sonnolienta y moribunda ciudad para volver al campo en busca de la grandeza de las ramas cubiertas de gotas cristalinas, resplandecientes de gloria a la luz del sol, después de una lluvia torrencial. Sus poemas y sus prosas están saturadas de un aire embalsamado de vegetación exuberante, de valles risueños, de fuentes de luz, helechos y flores que alegran la vista, altivos campanarios que se levantan en rededor y melancólicas ermitas que viven en una vasta soledad.

El medio ambiente le dió a sus obras un tinte local y la atmósfera espiritual influyó notablemente en la naturaleza del mensaje que les trajo a los hombres. «Por consiguiente, así como sonreía ante el panteísmo griego, a pesar de que admiraba la plástica belleza de sus dioses y la fábrica maravillosa del Olimpo, sonreía también ante el paganismo católico, disgustándome su imitación servil de las liturgias asiáticas y de las humanas deidades de Atenas y de Roma. De este modo, a los veinte años, me encontré con el cielo vacío sobre mi cabeza».

Su disgusto con el paganismo católico no explica satisfactoriamente su actitud religiosa. Porque en esta época, en 1895, cuando apenas tenía veinte años, bebía libremente de las fuentes de la literatura francesa, que había de influir tanto en su manera de pensar y de escribir. En sus propias palabras se encuentra una explicación parcial de su pesimismo:

«Gustábame en aquel tiempo leer todos los libros y periódicos que atacaban con virulencia al catolicismo, y más o menos, siguiendo a mis compañeros de estudio, furiosos e intransigentes polemistas todos ellos, me había convertido en un omnipotente librepensador, que hubiera certificado, en llegándose el caso, que no había ni nunca había habido Dios, que era a mi claro entender, un espantajo creado por el miedo y la superstición del hombre primitivo.

»Fué aquella una época tormentosa para mi espíritu, saturado de un pesimismo enfermo y de un descreimiento sin límites. Un poderoso viento filosófico, venido del confuso bosque de los escritores franceses, había arrastrado las creencias religiosas de mi niñez y mis tímidas supersticiones, dejándome en el cerebro una nube de dudas».

Al hablar del terremoto de San Francisco, dice: «Espectáculos semejantes—por una lógica fría—hacen pensar en que el mundo no está regido, ni puede estarlo nunca, por la bondad, justicia y orden de un Ser Supremo, indiferente y lejano, como el Júpiter del paganismo, sino por las brutales fuerzas de la naturaleza, quieta y dormida unas veces, feroz y convulsio nada otras. Desde hace miles de años los hombres de mirada penetrante lo ven con toda claridad. ¿En dónde está ese Dios, ese padre benéfico, cuando la tierra sufre una de esas espantables catástrofes? En ninguna parte».

Algunos de sus pensamientos muestran la influencia de Nietzche.

«La ley del más fuerte ha sido, es y será eterna en este mundillo».

Este es el lado sombrío de la vida de Molina; pero no siempre es así. En el «Aguila» lo vemos desafiar todos los poderes del universo y terminar su poema con la afirmación de que ni el mismo Dios puede vencerlo. Inmediatamente un rayo lo hiere y cae en el precipicio, en el fondo de un abismo que se abre a sus pies.

En su poema «Una muerta», elegía escrita en memoria de su primera esposa, nos encontramos con esta pregunta:

¿Por qué no murió un astro?

En contestación a esta pregunta, lo siguiente:

Señor: nunca discuto
tu voluntad, porque eres
padre y dueño de cosas,
espíritus y seres...

La última estrofa del poema revela su creencia en el más allá y en el cielo.

¡Iré, purificado,
a postrarme de hinojos,
ante el amor mirífico
que emana de sus ojos,

y juntos giraremos,
unánimes como alas,
en órbitas de espíritus,
de escalas en escalas,

hasta ser absorbidos
en la divina hoguera
del Espíritu Santo?

Ansiosamente espera
mi corazón, que llegue
ese glorioso instante
en el eterno círculo
del inmortal cuadrante!

En *Para un Apóstol* (en este caso un apóstol de la prensa), hallamos que se acerca al reconocimiento de Dios como el Todo que crea y sustenta el universo.

Dios, lanzando al abismo su mirada,
ceñidos entre mares de arreboles,
hizo surgir del éter, de la nada,
regueros de planetas y de soles!

¿Y quién es Dios? La voluntad que encuentro
girar haciendo con divina calma:
el astro siempre alrededor de un centro
y el alma siempre alrededor de otra alma.

Dios es poder oculto que subyuga
a transformarse, por ignota clave,
en mariposa espléndida, la oruga,
el tallo en árbol como el huevo en ave.

(1) Tegucigalpa.

Dios es el Todo, la atracción suprema,
del Cosmos vida, universal murmullo,
océano de luz, hondo problema,
incendio y chispa, tempestad y arrullo!

Tiene su iglesia: es el espacio inmenso;
un órgano, ese mar que le salmodia,
en la neblina matinal su incienso
y en el sol su magnífica custodia!

La muerte de Caín parece una homilia sacada de los Números 32:23: *Y sabed que os alcanzará vuestro pecado.*

Es muy difícil clasificar a Molina. Sus propias palabras al hablar de otros revelan su carácter. Al hablar de Domínguez dice así:

«La crítica, al juzgar su obra literaria, tiene que ir con tiento, porque no le puede colocar, de una vez, en una escuela definida. Tiene de romántico, de clásico y de modernista».

Su crítica de la Academia Española lo presenta como un innovador, más que como un conservador. «Por consiguiente, en vez de contribuir, como es su deber, a limpiar, fijar y dar esplendor al idioma español, a favorecer las ideas osadas e innovadoras, a cooperar en algo, siquiera sea con su apoyo moral, a la evolución del pensamiento contemporáneo, los académicos parece que se han declarado enemigos implacables de todo lo moderno, agrupándose tras la tradición, como tras la muralla de la China.

»Ellos no admiten—ni han admirado nunca—los talentos originales que se rebelan, en la forma o en el fondo, contra los viejos cánones literarios, que ellos ven como Evangelios indiscutibles; ni menos soportan con calma la prédica de nuevos dogmas, que revolucionen el Arte consagrado por varias generaciones. Siempre dan la preferencia a las medianías, a los escritores y artistas de imaginación escasa, que no investiguen nada, que no sean de espíritu inquieto, que no busquen ideales atrevidos, y cuyos escritos, descarnados y secos, faltos de virilidad y de novedad, están llenos de lugares comunes, de tópicos sin brillo, de frases amaneradas al modo arcaico, que tan bien cuadran con su dogmatismo ridículo y con sus almas envejecidas y nostálgicas de antiguallas.

»Pero no se reforman, ni se reformarán. Siguen siendo los de antes, es decir, los enemigos de toda innovación literaria y de todo ideal nuevo. Es tan asfixiante la atmósfera literaria que respiran los que están en esas doctas corporaciones, que muchos escritores vigorosos y jóvenes, que por acaso logran entrar en ellas, después de haber deleitado al público con la novedad de su estilo, lleno de imágenes, de fluidez y colorido, acaban por contaminarse del mal de sus compañeros, y terminan en copiar servilmente sus resabios de estilo y sus cursis amaneramientos, haciéndose completamente estériles».

Si el término modernista se usa en relación con todo lo que pertenece al «modernismo», y si significa amor por todo lo que es nuevo y desdén por lo viejo, sin duda alguna Molina tiene una tendencia marcadísima a cultivar el modernismo.

Goldberg dice que el movimiento modernista en la América Latina se debe especialmente a la poesía francesa de nuestros días y que «la prosa y el verso contemporáneos en la América Latina son notables por su lucidez, ductibilidad y adaptación a los diferentes tonos del humor y del pensamiento modernos. De los poetas del Parnaso aprendieron los hispano-americanos a buscar nuevas bellezas en la línea y en la forma y de los partidarios del símbolo, así como de los decadentes... la suceptibilidad más refinada para encontrarle a las palabras un valor musical». Aunque hay mucho de esto en Molina, no podría decirse que es un innovador en el sentido en que lo es Rubén Darío. Si, como dice Goldberg, la palabra «libre» caracteriza el movimiento, entonces Molina es verdaderamente un *leader*, porque sus composiciones evidentemente revelan el odio más profundo por toda clase de restricciones.

Aunque en sus versos es más bien un romántico y un clásico, en la desfavorable crítica del poeta colombiano Julio Flores se revela como un modernista:

«Porque Flores es solamente un poeta intuitivo, de versos efectistas, con escasa cultura mental, que desconoce el sabio mecanismo de la lírica contemporánea, según puede observar cualquier espíritu medianamente perspicuo, que no se ofusque con sonoridades rimadas con desenfado, sino que pida al versificador, para que le cautive, todos los secretos sumos de su alma, en ritmos nuevos y complicados, que tengan la ligereza, el brillo y la sonoridad de los cristales bohemios».

«El poeta moderno no debe ser una especie de juglar, sino un gran silencioso y un gran desdeñoso, para quien el arte sea una cosa hierática y la poesía una religión suprema. Su Pegaso no parecerá caballo de circo, ni pacerá en la plaza pública, sino que ha de ser un bello monstruo para devorar cielos y comer estrellas. Porque el poeta de hoy es el vidente de antes, misterioso y taciturno, atisbando los movimientos de su siglo, siempre un poco lejos de la multitud. Nada de exhibicionismo, nada de *pose*. Y debe comprenderlo y saberlo todo: desde la poesía védica, de leche y de miel, hasta la lacrimosa *saudade* de Alfredo de Musset; desde los rotundos exámetros de Homero, hasta las sugestivas músicas de Paul Verlaine; desde los majestuosos dísticos de Firdussi, donde trotan los elefantes guerreros y hay batallas de héroes y mágicos, hasta las amargas ironías de Enrique Heine; desde los salmos de David, concisos y vibrantes, hasta los dolorosos poemas de Edgardo Poe...»

Hemos recibido

SE CIERRAN DOS ESCUELAS

Se cierran dos esuelas, dice en un rincón de una página del *Diario de Costa Rica*. Bien pudo aparecer esto en la sección de avisos económicos, así como un aviso y nada más.—Un ligero comentario de algunas personas y está todo terminado.—Y mañana aparecerá otro aviso que diga: *Se cierran diez escuelas. Se cierran quince escuelas.* De nuevo otro comentario y nos quedaremos, como dicen, *muy campantes*, siendo un ejemplo vivo y claro de tantas personas a quienes se les dice son: *Pasa tú, que yo pasaré.* Verdaderamente que somos un pueblo pacífico y tranquilo... ¡No es verdad! ¡Todo es falso! Esa idea está dando campo a la formación de un pueblo dormido y perezoso, incapaz de tomar una decisión de valor para asegurar el porvenir del país. ¿Dónde está el amor y sacrificio de los padres de familia, que ya ni lo que perjudica a sus hijos los hace protestar? ¿Dónde están los maestros? ¿Dónde están los jóvenes? Ya sé que en algunos, los que se interesan, muy pocos por cierto, surgirá esta pregunta: pero ¿cómo hacemos? Es que hay que armarse de la fuerza y del valor de un Rowan, que sale al extremo opuesto de la isla, satisfecho de haber cumplido su misión.

Así, plenamente convencidos de que hay que luchar, debemos hacer que llegue pronto un glorioso día que no debe estar muy lejano, y que aparezca en los periódicos esto: *Se abre una escuela. Se abren diez escuelas. Se abren quince escuelas.* Y ese será un día de alegría y de fiesta para los buenos costarricenses.

Será entonces cuando tengamos la paz y la tranquilidad que vienen de la satisfacción del cumplimiento de nuestro deber.

LUISA GONZÁLEZ G.

San José, 2 de marzo de 1923.

CENTRO INTELECTUAL EDITOR

San José, 27 de febrero de 1923.

Señor don Joaquín García Monge

Ciudad

Nuestro muy estimado señor García:

Como tuvimos especial interés en comunicárselo verbalmente en su oportunidad, a fines del año próximo pasado el Centro

Intelectual Editor organizó una sección denominada «Sección de Intercambio Latino-Americano» con el siguiente directorio: Presidente, Marco A. Zumbado; Secretario, Carlos Luis Sáenz; y Fiscal General, M. Vincenzi, y con los fines que de su nombre se deducen.

Hemos creído que el camino más práctico de estrechar los vínculos de intercambio entre todos los países de nuest.o Continente consiste en que en cada uno de los países haya una persona o corporación dispuesta a atender las solicitudes que se le hicieren de un país hermano. Mas, a fin de evitar las muchas irregularidades a que ello se prestaría y de que el intercambio revista las cualidades de seriedad y garantía indispensables para que pueda llenar los altos fines a que se encamina, dichas personas o corporaciones deben ser entidades representativas en sus propios países y constituir en conjunto un organismo debidamente reglamentado.

Con el deseo de saber quienes están dispuestos a realizar esta labor me he dirigido a los intelectuales que en cada país han estado a la vanguardia y son exponentes del afán por la consolidación de Latino-América, y no solo he obtenido satisfactorias contestaciones sino que con algunos de ellos he efectuado ya pequeñas evoluciones de intercambio de libros. Los grandes servicios y la actividad del movimiento empezarán a hacerse sentir en el Continente una vez publicada la lista completa de los representantes, la cual tendré el gusto de remitirle tan luego como reciba algunas contestaciones que faltan todavía.

Será prescripción esencial no atender solicitud que no sea hecha por medio del representante del país de donde provenga. Las cosas objeto de intercambio podrán ser de toda índole (comercial, industrial, intelectual; libros, folletos, recortes, citas, colaboraciones, etc., o bien mercaderías, marcas de fábrica, etc. etc.) bastando para realizarlo el acuerdo entre las partes. Cada país ha de tener un representante y será éste quien podrá nombrar un segundo representante si sus ocupaciones se lo exigieren. Todo interesado tendrá que dirigirse por escrito al representante de su propio país, mencionando aquello sobre que verse su interés y el país en donde ello pueda conseguirse. Las remuneraciones se llevarán a efecto en la forma que las partes establezcan». Esta es más o menos la proposición que se ha hecho sobre el proyecto, pero una vez publicada la lista completa someteremos a la aprobación general un pequeño reglamento. Otro de los puntos de la proposición es que cada dos o tres meses se ha de publicar un estado detallado del movimiento habido.

El Centro Intelectual Editor al asumir todo el trabajo material que pueda ser necesario en la buena marcha de esta obra cuyo sustento fundamental es Ud., espera que el pequeño contingente que va a prestar guarde la relación que puede ser posible con el alto prestigio de la personalidad de Ud. y con la valiosa y perdurable labor que Ud. ha hecho en beneficio de Nuestra América.

Cordialmente su amigo y admirador,

RAFAEL ESTRADA
Secretario del Exterior.

Libros mexicanos en Centro América

El Ministro de México en Guatemala, que está en vísperas de salir al cumplimiento de su misión, ha recibido amistosamente de la Secretaría de Educación Pública el encargo de fundar algunos centros de lectura en las principales poblaciones de Centro América, en nombre de esta dependencia del Ejecutivo, la que al efecto lo ha provisto de variado y selecto contingente de libros mexicanos.

Es indudable que tal determinación de la Secretaría de Educación Pública obedece al justificado deseo de que en aquellas pequeñas repúblicas, que no dejan de tener por nosotros, «a priori», cierta consideración, se nos conozca con mayor amplitud por medio del libro, ya que las vías de comunicación tardarán en proporcionar un contacto más íntimo y directo.

La cultura hispanoamericana, para llegar al estado sintético de historia de literatura de Hispano América, necesita de estos acercamienios que deben traer consigo la reprocidad. Quiere esto decir que el encargo que se ha confiado al señor Ministro de México en Guatemala, no ha de reducirse a la fundación de bibliotecas mexicanas, sino también a la invitación para que los gobiernos de aquellas repúblicas hagan otro tanto de lo que nosotros hacemos.

A primera vista parecería esto una mera muestra de cortesía a que tan dados son los diplomáticos y en que tanto solaz toman los Gobiernos. Pero quienquiera que tenga alguna devoción al estudio y algún interés por los libros, particularmente en materia literaria, podrá darse cuenta de que se trata de resolver nada menos que un problema continental, como es el de las modalidades del pensamiento en la América Española, únicas que habrán de darnos el secreto de la unión que se ambiciona y tanto se persigue.

Es verdaderamente desesperante, para el menor estudio acerca de la evolución del pensamiento en cualquiera de los países de la América, la falta de libros centrales, no digamos ya de los de segunda importancia, y, pensando en esto, nos causó una agradable sorpresa saber que el Secretario de Educación, ahora que anduvo visitando aquellos países y trabajando por el llamado intercambio, haya traido un copioso contingente de libros suramericanos para abrir aquí una biblioteca que tuviera esa especialidad y estuviera al alcance de todos, así como también que haya establecido una constante y efectiva remesa de libros y publicaciones que por allá tienen a esta fecha una renovación fecundísima.

En el sentido indicado, de esparcir sin más límite que el del buen gusto la producción intelectual de la América Española está siendo muy importante la labor de un infatigable centroamericano, justamente, del señor García Monge, que desde San José de Costa Rica no descansa, con los elementos editoriales de que dispone, en difundir las obras de escritores americanos, de cualquier país que sean, que tengan un valor apreciable. Varios mexicanos ya figuran decorosamente en esas colecciones.

Pero esta empresa, por más entusiasmo de que se la suponga dotada, como producto de un esfuerzo particular, tiene que limitarse a pequeños resultados. Las publicaciones del señor García Monge son tan sólo simpáticos cuadernillos de divulgación. Esta clase de obras necesita la acción de los Gobiernos y el empeño de los ministros. Por eso, al considerar provechosa la misión de Educación Pública que lleva nuestro Ministro en Guatemala, no podemos menos de hacer observar la inopia de libros centro y suramericanos en que vivimos, la que ha venido a hacerse más sensible desde que hay cátedras de Literatura Hispano americana en nuestras escuelas.

(*El Heraldo de México*, México, D. F.)

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica